

Rollán, María del Sagrario

*Jean Claude Renard: (la poesía como) oficio de
transparencia*

V Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2013
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Rollán, María del Sagrario. "Jean Claude Renard : (la poesía como) oficio de transparencia" [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología. La libertad del Espíritu, V, 17-19 septiembre 2013. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/jean-claude-renard-poesia.pdf> [Fecha de consulta:]

JEAN CLAUDE RENARD: (LA POESIA COMO) OFICIO DE TRANSPARENCIA

1. Introducción

Jean Claude Renard (Toulon 1922-Paris 2002), poeta francés dedicado profesionalmente (1947-1982) al mundo de la edición (Cerf, Paris), tuvo ocasión de conocer a lo largo de su carrera obras fundamentales de filosofía, teología y patristica, que inspiraron su creación poética y su indagación crítica en los ámbitos de intersección fe/poesía.

Participó en coloquios internacionales sobre poesía en Europa, Estados Unidos, Asia y Canadá. Recibió entre otros el premio Francis James, el “Grand Prix Catholique” de literatura, y en España el premio Fernando Rielo de Poesía Mística. Ha sido Miembro de la Academia Mallarmé y formado parte de jurados como el Max Jacob, o el Alfred de Vigny

Enriqueció su abundante producción poética con certeras reflexiones en prosa de extraordinaria honestidad intelectual, que nos permiten hacer una valoración bastante aproximada, creemos, del verdadero horizonte en el que se ha movido su búsqueda, marcada sin duda por una perseverante inquietud espiritual y religiosa, léase mística. En algunas antologías se le ha catalogado como poeta cristiano, ligado a cierta tradición francesa como la que representa Claudel, o más próximo a él mismo, Patrice La Tour du Pin, que prologó uno de sus primeros libros. Este legado que enmarca su obra es innegable, pero prefiero tratar de entenderlo desde un horizonte más amplio, religioso sí, pero no ortodoxo - dogmático, pues su personalidad inquisitiva y el carácter crítico de su honda espiritualidad parecen guiarlo más allá de las palabras sancionadas por la fe oficial y, arriesgándose en ellas, se embarca a la deriva de conceptos y símbolos, consiguiendo adentrarse y adentrarnos en algo original y ecuménico, que inspira ese fondo religioso universal, humus subyacente a cualquier codificación sectaria. Me permito estas libertades de interpretación y lectura por cuanto he tenido la ocasión de conocer a JCR personalmente, tratar con él asuntos de poesía y religión y revisar juntos, pocos años antes de su muerte, la traducción que hice en español de una buena parte de sus poemas, de la cual presenté una primicia: *Jean Claude Renard, el viaje fábula de lo inefable*, en *El Ciervo*: Año 43, No. 517 (ABRIL 1994), pp. 21-24

Con esta libertad de espíritu y con el debido y agradecido respeto de quien ha tenido la ocasión de conocer y compartir con un verdadero poeta, en lo que expongo a continuación me guiaré principalmente de la lectura y degustación personal de sus poemas, así como del estudio a lo largo de los años de sus propias reflexiones en prosa, que él mismo fue poniendo en mis manos a medida que aparecían publicadas, cuando le visitaba en su casa de París, en segundo lugar del material inédito que conservo de estas entrevistas, y solo para esclarecer y completar puntos que han sido tratados y en parte objetivados por la crítica literaria, señalo la consulta de otros autores: particularmente dos estudios que el propio autor me ofreció en nuestros últimos encuentros. Se trata de André Alter, *Jean Claude Renard: Le sacre du silence*, Champ Vallon París 1990, y *Jean Claude Renard ou les secrets de la chimere*, Schena-Nizet, Bari-Paris 1992.

El interés de JCR en estos Diálogos, donde teología, poesía y mística se encuentran para testimoniar de la Libertad del Espíritu me parece suficientemente justificado en su trayectoria biográfica y bibliográfica; las reflexiones en prosa que Renard fue publicando e intercalando con su creación poética fueron inspiradas en buena parte por su conocimiento de grandes obras de filosofía, teología y espiritualidad con las que hubo de familiarizarse debido a su trabajo editorial, y también a los encuentros personales con algunos grandes autores, como Alain, o Bachelard en filosofía, Von Balthasar, Theillard de Chardin y Chenu, en teología; pero arraigan y se nutren de la osadía y perplejidad que la generación de su poesía iba suscitando en él, haciendo del poema una búsqueda interminable, y de sus inquietudes espirituales y filosóficas una marcha incesante y comprometida hacia la palabra esencial que considera su *Destino*: “Mi país son las palabras sagradas./ Su único fracaso y su duelo único: decir el dios – mas no poder entregarlo”¹

Centraremos nuestra reflexión en *Ce puits que rien n'épuise*, 1993, desde este libro de poemas y prosas relativamente tardío, situamos retrospectivamente su gran obra anterior, y luego a modo de conclusión recogemos los símbolos y los conceptos que han dominado su obra, tratamos de reconstruir el espacio poético que le es peculiar y a la vez le identifica y le supera como poeta creyente.

2. Experiencia, lenguaje y ser

¹ *Ce puits que rien n'épuise*, Seuil: Paris 1993

Ce puits que rien n'épuise, 1993, publicado apenas 10 años antes de su muerte, ilumina una larga búsqueda, comenzada con *Juan*, 1947. “El pozo inagotable” nos dará la pauta para la lectura de la obra poética en el testimonio y la creación de JCR como oficio de transparencia. “El pozo inagotable” es el fondo sobre el que el autor vuelve una y otra vez, donde lo inagotable expresa tanto el horizonte, como el límite, si puede decirse, de la indagación poética. La imagen del “pozo inagotable” es, en palabras del propio autor, el estado de extrañamiento que significa el intento de unir tres caminos en principio diferentes, el del poema, el de la condición humana y el de la fe religiosa. El poema, como producto de un lenguaje particular distinto de cualquier otro, la condición humana en tanto que respuesta siempre incierta e inacabada a las preguntas del origen y el destino, y la fe religiosa como experiencia íntima de un misterio, que aunque sea denominado “dios” por las religiones permanece incomprensible e inabarcable, en tanto que inmanencia y trascendencia, ausencia y presencia.

Según JCR esta situación permite a la poesía, a la filosofía y a la espiritualidad, entrecruzarse y a veces identificarse, dejando subsistir al mismo tiempo en nosotros la conciencia de un trascendimiento de las categorías en las que tratamos de expresar el absoluto sin nombre, ni rostro ni lugar ². Veamos pues como se ensamblan estas tres sendas estructurando lo que podríamos llamar una topografía del ser, si nos referimos al fondo ontológico del que emergen, o un entramado vital de tejidos, sustancias y órganos si pensamos en la condición humana y en el destino de la experiencia personal en tanto que abocada irremediabilmente al misterio.

De esta manera podríamos desglosar el título de esta ponencia: lo que transparece es el Ser, la realidad multiforme, cambiante y esquiva, es decir, la realidad como misterio. El medio de la transparencia es el lenguaje, pero no cualquier lenguaje sino el lenguaje poético en tanto que celebra y respeta el misterio pero no agota el sentido, y la tarea de hacer transparecer es la experiencia de la propia condición humana vivida y afrontada en sus límites, riesgos e incertidumbres. Sobre estos tres ejes perfilamos la trayectoria de JCR en la que reconocemos al poeta como oficiante, aprendiz, taumaturgo, mistagogo y ¿por qué no? místico.

² En este párrafo resumo las palabras del propio autor en la presentación de dicho libro

Detengámonos pues en cada uno, empezando por la experiencia de la que arrancan los poemas juveniles, desde el desgarramiento inicial de la adolescencia, cuando el poeta ya intuye con apenas 15 años el abismo sobre el que se va a mover su poesía: “Silencio puro, esencia de un abismo,/ que hace vibrar en mi el cristal negro/ acércate a esta muerte íntima/ cuyo espejo solo tú puedes atravesar”(1937)³.

La experiencia irá pasando sucesivamente por momentos cada vez más significativos: el desgarramiento subjetivo o psicológico de la adolescencia se hará más doloroso y dramático con las experiencias objetivas de destrucción y muerte de la guerra, son los ámbitos desarrollados en *Cánticos por las tierras perdidas*, donde se incluyen, a su vez, los fabulosos *Cantos de la aventura* (1947). De modo que el tiempo perdido e irrevocable de la infancia se incardina en la experiencia histórica y universal más amplia, rastreable como decimos en términos objetivos. El mal y el sufrimiento no son simbólicos, sino experiencias reales de guerra y de muerte, acontecidas en un pueblo y en un momento determinados.

“Todas las tierras por atravesar están todavía henchidas de incendios,/estarán cargadas de enfermedades/ más espesas que el pasado,/enfermedades, violencias/... tierras de infierno, tierras de noche,/con tantas muertes por comprender/ tantas manos por purificar/en la leyenda de los viajes...”⁴

Del mal y la muerte pasamos así a la transhumancia: la peripecia interior es a la vez epopeya a la que la metáfora del viaje, en *Fábula*, 1952 otorga una cualidad casi mítica, y de un mágico extravío que aun deberá ser superado. Después de cantar las tierras perdidas, sobre todo el paraíso de la infancia, se trata de pasar de una tierra a otra en busca de pastos frescos, el poeta busca alimento y cobijo, al tiempo que se va fraguando su vida personal y va construyendo su hogar. Esta transhumancia culmina y cobra todo su significado en el símbolo de las bodas; es más, el paso definitivo del desgarramiento inicial al horizonte nuevo de búsqueda (no otros lugares, sino de otros modos, con lo cual se intuye una cierta “metanoia”) se hará por y en las bodas.

³ “Origines” 1937, en *Choix de poèmes*, París, Seuil 1977, de esta antología se extraerán las citas, a excepción de las referidas al libro anterior. La traducción es siempre mía

⁴ “Cantiques pour des pays perdus” 1947, en *Choix...*

“Perteneçeremos a la noche/ entraremos en la miseria/ de los extranjeros y de la tierra/
antes de vislumbrar el país/ el país de turbadoras nupcias/ que nos salvará del
infierno.../ el país donde el perdón se encuentra/ y se hallan las infancias”⁵

Se trata sin duda de un rito de paso, que si en un primer momento puede aludir a la propia experiencia amorosa personal, va a permanecer en el universo poético de JCR para siempre y configurando paulatinamente un marco existencial a la vez arqueológico y escatológico: desde la raíz vital-carnal que lo nutre hacia el futuro trascendente-espiritual que lo impulsa, hasta alcanzar el sentido que le otorgan los místicos, desposorios espirituales del alma con su Amado. Esta ruta podría rastrearse sobre todo en *Alta mar*, y *Metamorfosis del mundo* (1951). Al decir de André Alter la lectura simultánea de *Fábula*, *Alta mar* y *Metamorfosis del mundo*, nos permite percibir inequívocamente el indispensable entramado de la conversión y la progresión sufrida y elaborada por el poeta⁶

“En el interior de mi amor,/ lejos de mis cenizas y de mi ansia/ se extiende en mí y me rodea un ancho reino mineral/ de seres transparentes, de hierba pura.../ de espesos frutos/ cuya leyenda me transfigura”⁷

La experiencia viene a desembocar en lo sustancial-carnal, como culminación entrañable del espíritu encarnado, en este aspecto cabe señalar la fuerza de lo sensible en tanto que transformado amorosamente por esa aceptación interior del sufrimiento y la muerte y por el afán de trascenderlo en una palabra cuasi-sagrada, a la vez cuerpo y espíritu, sentido y signo, pues en el acto mismo de nombrar, la metamorfosis se opera y la realidad se entrega a nuestra condición humana; así van desfilando como en una procesión sacramental las cifras del cuerpo del hombre y del mundo: lo que sabe (sabor), lo que huele, lo que puede ser agarrado-tomado, y, sobre todo lo que es respirado. La respiración, obsérvese el carácter teologal-pneumático de la misma, se torna paradigma de todo lo sensible y a la vez espiritual, es decir de lo terrenal insuflado por el soplo del espíritu: “Oh respiración comenzada en el centro del pan y de la nieve”

⁵ “Cantiques pour des pays perdus” 1947, en *Choix...*

⁶ André Alter, *Jean Claude Renard: Le sacre du silence*, Champ Vallon París 1990, p. 41

⁷ “Haute Mer” 1950, en *Choix...*

En el “transmutato”, la respiración como peneuma, nos encontramos de lleno en una versión de la mística sanjuanista, cuando el Santo sobre *Llama de Amor Viva* dice que “respirar es amar”. Va a ser en *Padre, he aquí el hombre* (1955), y *En una sola Viña* (1959), cuando el poeta a la búsqueda del misterio encuentra en las significaciones cristianas más explícitas estas realidades vividas que coinciden con los grandes misterios o dogmas de fe tal como los ha formulado la Iglesia, a sabiendas, en tanto que conoce de primera mano textos de los padres de la Iglesia y de la Biblia, por su trabajo editorial, como ya señalamos.

El segundo gran eje de búsqueda es el lenguaje. El poeta ya conocido y celebrado se hace eco de sí mismo y de sus propios interrogantes, no en un ensimismamiento narcisista, como podía ocurrir en *Juan*, poema de juventud, sino llevado por este afán de conocimiento y penetración (incluso en el sentido sexual y genesiaco) del cuerpo del mundo. Es así como empiezan a surgir reflexiones en prosa, indagaciones, apuntes, rastreos, que él denomina notas, subrayando el carácter provisional, y que se irán publicando alternando la publicación de nuevos poemas. La tarea que se comenzó con el sufrimiento asumido, da pie ahora a una reflexión sobre el propio lenguaje, que es a la vez lugar y medio de transparencia, la experiencia llevada por lenguaje, en el devenir y mutar del lenguaje, el lenguaje como lugar, otro y mismo, de la experiencia indescifrada. No hay traslado, sin embargo, del pensamiento a las palabras: el lenguaje que sabe decir y descifrar es tan real como el cuerpo del mundo, el lenguaje sabe lo que es saboreado, olido, sentido, respirado, el lenguaje transparente, no es herramienta sino oficio, el poeta no es inventor de palabras, ni genial artista que adorne la realidad, sino un rendido oficiante que, a través de su decir y respirar, deja traslucir el misterio sagrado de las cosas.

Sin embargo también en el lenguaje hay cierta inadecuación, que corresponde a lo que en la experiencia vivida era desgarramiento. Es el lenguaje frente al misterio, que pudiendo transparecerlo, por lo mismo, arriesga la opacidad y el artificio. De lo usual del lenguaje, es necesario arriesgarse en la “quete poética”, de la palabra como cosa a la palabra como realidad de encuentro, en la cual se realizan verdaderamente las bodas. Pues toda poesía es encuentro con esa realidad inefable, intuida, barruntada, entrevista, aunque nunca todavía totalmente entregada. De nuevo el paralelismo sanjuanista se impone, el hecho místico como un hecho de lenguaje.

De tal modo que el lenguaje, salvando y asumiendo la misma inadecuación, se torna ahora fábula de lo inefable, es decir narración o leyenda de la trashumancia, de la búsqueda de otras tierras-otro decir, que habíamos indicado, logos que abre nuevos espacios a lo indecible: de la lógica inmutable a la paradójica afirmación de lo indecible en lo que es dicho pero no agotado, señalado pero no aprehendido, delimitado pero no acotado, lenguaje mismo y otro, lugar a la vez de vacío y de encuentro.

Y así el lenguaje poético deviene finalmente, como en una liturgia, consagración, encantamiento, lo que corresponde a la experiencia sustancial del mundo. Las cosas no son donde la palabra (la Palabra) falta. Ninguna cosa es, ni la respiración misma, si la palabra falta. Una vez más es inevitable recordar aquí la mudez de la angustia vivida y expresada por los místicos en la entraña de la noche oscura. El mismo Kierkegaard ha señalado bien este aspecto en *El concepto de angustia*.

Llegamos así al tercer eje que vertebra el oficio de la transparencia. Lo que trasparece es el ser decíamos, pero el ser es y acaece en el tiempo. Ciertamente, se vislumbra como intuición inicial en el poema adolescente: “silencio puro, esencia de un abismo...”, pero en el mismo fragor del vivir y acaecer el silencio puede verse aturdido y empañado, el abismo invita a la transparencia, si, ahí donde se origina la vocación del joven poeta, ahí en el umbral apenas transpasado de la infancia sucede la vibración del mundo al tiempo que se abre el vacío y la incertidumbre de la espera. Pero el abismo puede a su vez devorar, y equivale por tanto a la experiencia del desgarramiento y a la inadecuación del lenguaje. Mas en tanto que el poeta vela y espera, se aventura y torna transhumante, fábula lo inefable atendiendo siempre anhelante a lo que parece (aparece) y adviene, y se pone en marcha por la palabra poética para desentrañar el mundo a fuerza de superar celadas y espejismos que le ocultan la verdadera realidad y le extravían: ya sea en el dolor, en el sueño, en la insignificancia de lo cotidiano, repetido y espesado..., en la muerte.

El tiempo, por tanto, es la prueba, prueba de la experiencia -maduración-, y prueba de la palabra -promesa-. El misterio es “en el resplandor de mi tiniebla” *Dichos* (1980), noche luminosa, o el oro, otro país, otra tierra, el horizonte escatológico abierto a la esperanza, dilatado por la búsqueda, ofrecido a la transparencia y al velar honesto y respetuoso del poeta- viajero- oficiente.

3. La prueba del tiempo: del viaje a las bodas

Entre la riqueza fulgurante de imágenes que iluminan el universo poético de JCR, el viaje y las bodas, cobran más allá de la metáfora fuerza de símbolo, pues el viaje dice justamente lo imprevisto y entrevisto a través del tiempo mientras que las bodas señalan el encuentro anhelado más allá de la carne y el tiempo, con el espíritu que alienta nuestra búsqueda.

Para concluir me gustaría señalar como estos dos grandes símbolos se insertan en la gran tradición mística, cristiana y universal, pues bien sabemos que el éxtasis (viaje) es un salir de sí que prefigura toda la aventura de la fe, y el despojamiento desde Abraham hasta el Buda, mientras que los desposorios (las bodas) nos ofrecen en la extrañeza y el entrañamiento del encuentro con el otro la metáfora indispensable de la inmanencia y la trascendencia, de lo divino y lo humano, de la unidad y la inocencia original, ampliamente desarrollado por los místicos.

JCR nos ofrece, generosa y abundante “Una palabra diferente” donde la fiesta pura del decir despeja y consagra la transparencia del lenguaje en el que tiene lugar la metamorfosis del mundo y desde la cual el poeta/oficiante vive y testimonia la transfiguración de la existencia:

“Mi cuerpo está preparado para la miel y los racimos/entre la tierra oigo el extraño amor/ y mi sangre creciendo hacia otra sangre mía/ extenderé mi boca como un mantel/ un pan cubierto de torres y navíos.../ y yo velaré, velaré hasta las metamorfosis”⁸

María del Sagrario Rollán

Salamanca-España, 15 de agosto de 2013

⁸ “En une seule vigne”, 1959, en *Choix...*